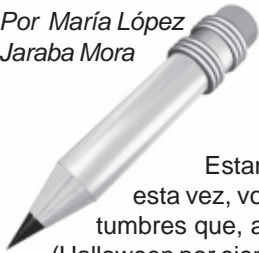


Por María López
Jaraba Mora



EL LUJO DE LA PALABRA

QUE VUELVAN LOS COPLLILLEROS, POR FAVOR

Estamos en época Navideña, por lo que, esta vez, voy a intentar reivindicar antiguas costumbres que, a cambio de costumbres importadas (Halloween por ejemplo) se van archivando en el baúl de los recuerdos, como las viejas fotos, como los trastos que ya no sirven y como si el cambio nos renovara, nos hiciera más cultos, más guapos, más interesantes o, tal vez, más altos.

Bueno, el caso es que yo, durante todo el año, voy acumulando las moneditas sueltas de la vuelta de la compra diaria, para llenar un cestito que pongo, en estas fechas, sobre la estantería de la entrada de mi casa con la intención de vaciarlo al son de unos «villancicos» o «grillancicos». Espero, durante las atardecidas, levantarme de mi sofá entre diez y doce veces, abrir la puerta y pagar el castigo a mis oídos acompañado de botella, pandereta y zambomba; bien es cierto que no son sopranos, por supuesto, son niños que, con sus guantecitos, sus gorros y sus mocos colgando, heladitos de frío, nos hacen recuperar, aunque sea en el recuerdo, nuestros momentos «coplilleros», nos tocan, aparte de cualquier villancico, entre desafines y descompases, coloraditos, por la vergüenza, algunos, el corazón, nos hacen aflorar la familiaridad, el amor al prójimo, en fin... EL ESPIRITU NAVIDEÑO...

Pero... ya el año pasado, mi cestillito se quedó con sus moneditas, y a este paso creo que este año también se quedará ahí, no entiendo por qué un mes antes, la noche de Halloween no paraban de llegar a mi puerta con un, frío e impersonal, «truco o trato», una sola noche, en la que se vuelcan, con disfraces y demás parafernalias, en fin, me llega al alma la falta de amor hacia las costumbres «nuestras» auténticas, de toda la vida, esos grupitos de niños esperando el aguinaldo, mirándose las caras mientras te extienden la pandereta y tú fijándote en sus ojos, al ver la cantidad de moneditas que les pones, se les nota perfectamente si se les hace mucho o poco, sus codazos entre ellos y los guiños de sus ojos, te dan a entenderlo todo.

Creo que, en esto también, nosotros, los adultos, somos los que no sabemos fomentarlo, tal vez no recordamos como lo pasábamos nosotros, porque, si pasábamos frío... ni lo notábamos, era mucho más gratificante ver, al final de la tarde-noche, la cantidad de monedas que habíamos recogido y, Salomónicamente, se hacía el reparto, las manos extendidas, pesetita para ti, para ti, para ti... y cómo te sentías, era dinero ganado por ti, no era una paga de domingo, era algo extraordinario con lo que soñabas comprarte cualquier chuche que, normalmente no te llegaba con la paga dominical, un TBO, un sobre de animalitos, era así.

Ahora, ya no tienen, los críos digo, la capacidad de necesitar sentirse útiles, lo tienen todo sin lucharlo, y... ¿para qué pasar frío? total, por un puñadito de céntimos, que a veces, y creo que todas, son unos euros.

Bueno... yo, en estos momentos, me pongo melancólica y les pido, a todos los adultos que incentiven nuestras costumbres navideñas, que reten a los niños a salir a la calle cantando (aunque sea desafinadamente) esos villancicos que tanto echamos de menos, esas coplillas (de agradecimiento o de castigo) de despedida.

Creo que los ayuntamientos, desde las concejalías de cultura, podrían influir en esto, unos concursos de coplilleros, donde los grupitos de niños recibieran un premio extra, libros, juegos de mesa, etc., además de los aguinaldos recibidos por las

visitas a las casas del pueblo, sería un buen empujoncito para que volvieran a la calle en Navidad para cantarnos el «al echar una coplilla por encima de un melón...» con sus villancicos medio aprendidos y mal cantados pero que tienen tanto sentido y sentimiento tras sus letras y sus notas musicales, porque el simple hecho de verlos, armados con su botella, pandereta y zambomba, ya te llena de alegría.

FELIZ NAVIDAD A TODOS Y QUE EL PRÓXIMO AÑO SEA MEJOR QUE EL QUE SE NOS VA.

